

LA DISOLUCIÓN DEL CARLISMO

La casualidad aliada con la fortuna tiene extraños caprichos: a mí, ni joven ni azaúz, me distingue estos días con sus favores.

En largos paseos y excursiones por esta linda costa francesa he reanudado antiguos y valiosos conocimientos y siempre es grato estrechar manos amigas. Durante algunos días de los secretos que pugnaban por salir del corazón de un carinoso aliado de mi familia, a quien su entusiasmo por la causa carlista ha llevado a la expatriación.

A qué hacer el elogio de mi confidente? ¿Cómo detallar el proceso de sus penas y desencuentros? ¿Qué derecho tengo yo a destruir sus creencias ni romper la virginidad de sus íntimos propósitos?

Respeto su dolor, y si hago públicas algunas expansiones, es con la autorización debida. Se trata de persona que en el campo de D. Carlos tiene gran prestigio; pero sus palabras no sonarán bien en todos los oídos.

Escuchemos al rancio absolutista, sin añadir punto ni coma a sus palabras.

La situación del partido carlista no es muy conocida de ustedes los liberales; hoy es de completa disolución. Hasta hace poco, una remota esperanza sostenía el ánimo de nuestros amigos que durante setenta años han sido vestales de un fuego sagrado que se apaga sin remedio. Cansados de cruentas luchas, sin encontrar en nuestro mismo rey los ánimos que esperábamos, mantendremos las ideas de siempre; pero en esta, sin acudir ni prepararse para movimientos inútiles. Ya son muchos los amigos que sin traicionar a nadie, están más atentos a sus intereses que a los idealismos que los arruinaron un día.

Me afecta mucho entrar en las causas que han motivado tal situación: ¡es tan ingrata la confesión de errores de personas amadas! Pero es inútil ya negar la triste historia; se comenta a diario en nuestro campo; nadie la desconoce.

El marqués de Cerralbo, designado por D. Carlos como representante suyo en España, organizó el carlismo en los años que precedieron a las guerras coloniales, dedicando energía, inteligencia y fortuna a la tarea. Consiguió aumentar el número de los representantes en Cortes, Diputaciones y Ayuntamientos, vigorizando poderosamente la organización de las Juntas locales y regionales y el espíritu de sus individuos. Merecía la confianza del Señor de Loredán, y se ganó el respeto de todos nosotros.

En los días tristes que precedieron a la ruptura con los Estados Unidos, D. Carlos escribió a Mella la célebre carta, afirmando que seríamos los carlistas guardadores celosos del honor patrio, reserva necesaria para fusilar a débiles o traidores. «Si la guerra no termina con honor, sólo acompañando me presentaré en la frontera—decía nuestro jefe—protestando de tanta vergüenza».

Aquel fué el clarín que nos llamaba al combate, rayo de sol que alumbraba nuestra oscura morada. De los Pirineos vendría la luz. Trabajábamos todos con ardor, no había desfallecimiento en nadie ante el ejemplo augusto.

Se recordaron fondos para el previsto alzamiento, y no faltó persona que diera 30.000 duros. Supimos que D. Carlos no aumentó con un céntimo el Tesoro de sus partidarios, y ni esa omisión tradicional en el enfriamiento.

En Italia, y Tirso Olazábal aquí, en Francia, se ocupaban activamente en la compra de armamento, y ello alentaba nuestras esperanzas.

No esperamos en nuestra impaciencia entusiasmada el término del plazo; aun antes de negociar en París, quisimos provocar el alzamiento.

Conocíamos el espíritu de los batallones de Cuba y Puerto Rico, ansiosos de pelear, y viendo que se perdían irremediablemente las colonias, intentamos sublevar a nuestros soldados allí, secundando con las armas el movimiento en la Península.

D. Carlos, por patriotismo, puso el veto a tales trabajos, manifestando que jamás autorizaría ningún acto que pudiera poner en peligro la integridad de la Península.

Firmado el vengonzoso tratado de París, mirábamos inquietos y aterrorizados la frontera, seguros de que D. Carlos mantendría su palabra.

Muchos abandonaron familia e intereses para acudir al puesto que en la organización se nos asignó, y esperamos inútilmente el santo advenimiento. De Loredán no salió nada; nuestras vergüenzas aguardan la protesta vigorosa. El régimen sigue inmóvil.

Debe ser, a sus años, tan espinoso trocar las comodidades y honores que le rodean, sustrayéndose al cariño de una dama de tantas virtudes y belleza como doña Berta, por la dura vida de campaña!

El efecto que causó en el carlismo la actitud del jefe fué desdichado, ¿a qué negarlo? Masas respetables por su número y vigor se retraerán, algunos acatarán la dinastía reinante, y no faltaron antiguos carlistas que figuran desde entonces a la vanguardia del socialismo. Dura verdad, pero verdad.

La clase media, que fué siempre nuestro nervio, es la más desesperanzada y retraída desde entonces. Los militares siguen en filas, pero sin aquella satisfacción interior que sabidamente fijan las Ordenanzas para asegurar el éxito. No se hacen ilusiones.

Los aristócratas son los que, ó por más solicitados ó por menos entusiastas en esta tercera generación de carlistas, han prestado homenaje más notorio a Don Alfonso XIII, y crea usted que se nos parte el alma viendo nombres como el marqués de la Romana, el del Bosch hijo del conde de Casa-Rojas, Orgaz, Torres-Cabrera, Torre del Fresno, hijo del conde

de Roche, y otros, fuera de nuestra comunión.

A D. Carlos, que es avisado, no pudo ocultársele el mal efecto producido por lo que ocurría, y necesitando una víctima en quien descargar sus regias iras, destituyó al marqués de Cerralbo, nombrando a D. Matías Barrio y Mier su delegado en España.

La noticia cayó como una de las bombas que tan de menos echábamos a raíz de la conclusión del tratado de París; pero disciplinados, acatamos la decisión, comprendiendo que se necesitaba justificar la ausencia de D. Carlos en la Península, donde hubiera corrido riesgos positivos, molestias ciertas.

Pocas figuras tan respetadas como el insigne profesor de la Central; pero sus hábitos pacíficos no le han inclinado nunca a rigores necesarios en las circunstancias actuales.

Así lo debió comprender el nuevo delegado, cuando, compartiendo la opinión de sus compañeros, autorizó a los señores Llorens y Pradera, a fin de hacer un año, para que en Venecia hicieran saber la necesidad de dirección en que se encontraba el partido.

Ignoro lo que ocurrió en Loredán a los diputados que llevaban la representación del partido; pero lo cierto es que D. Carlos autorizó la creación de una Junta para dirigir y gobernar el carlismo en ausencia suya, con misión de reorganizar activamente las fuerzas civiles y militares.

Formáronla, bajo la presidencia del señor Barrio y Mier, los señores marqués de Tamarit, Sanz, Llorens, marqués de Reguer, marqués de Castrillo, López de Ayala, barón de Molinet, y el marqués de Villadarias como secretario.

A los que sabíamos que a Don Carlos no le gustó compartir su autoridad nunca, y ya el año 70, a Juntas del prestigio de la que formaban D. Cándido Nocedal, el conde de Casa Rojas, el marqués de la Romana, el de Villadarias y otros les hacía la vida imposible, nos extraña tamaña generosidad. Y, en efecto, la Junta formada a primeros del año actual ya no existe. Este dato le bastará para juzgar de la sinceridad de D. Carlos.

Los nueve individuos que la formaban dimitieron, y parecen poco dispuestos a ser juzgado ni de augustos caprichos. Hombres serios los nueve, no quieren bordear el ridículo, ejerciendo una autoridad que desde el primer instante les han regateado desde Italia. Y así estamos y vivimos agonizando.

El viejo carlista, haciéndome tan amargas declaraciones, era el eco de la pasada generación, pidiendo cuentas de sangre y lágrimas vertidas para cimentar una posición, no para salvar a un país. Tenía su voz inflexible de ira, acentos de pena. Activo y fiero, caminaba a mi lado pensando en sus ilusiones deshechas, en su patriotismo herido, en la familia dispersa. Era muy puro su dolor. No lo profané pidiéndole entonces nuevas confidencias. Luego me las hizo y ya las comunicaré otro día.

A través del mundo

Cree El Lloyd, de Pest, que no llegará a realizarse la excursión proyectada por la señorita Gjesca, hermana menor de la reina Draga, por las principales ciudades de Europa para dar conferencias públicas sobre los sucesos ocurridos en Junio último en Belgrado, y sobre el papel que en los mismos desempeñó el actual rey Pedro I, pues parece que a ello se oponen algunas Cancillerías europeas.

Más fácil será que la excursión, cuyos gastos paga un millonario serbio adicto al Obrenowitch, la hija dicha señorita a los Estados Unidos, si la hermana mayor consiente en ello.

El general Trowk, del Ejército ruso, ha sido acusado de deslealtad a la causa del Imperio. Se dice que en los Archivos del general han aparecido varios documentos que le comprometen seriamente.

El palacio del general resulta, en vista de tales documentos, como un centro de conspiraciones, donde se maquinaban golpes de Estado, revoluciones y motines de toda clase, para hacer caer los Gobiernos y descreditar la política de los zares.

El caballo número 36 del segundo regimiento de Life Guards, de Inglaterra, ha sido condecorado con la medalla militar.

Se dice que el único caballo que sobrevive de los del Ejército del Transvaal.

El hecho de condecorar a este caballo, tiene una majestad y una grandeza épicas admirables. Y es más comprensible aún si se piensa que en todos los tiempos y en todos los países se han dado mercedes a hombres que, de seguro, no fueron más importantes en la Historia ni tampoco menos bestias.

La exportación de frutas es cada año más considerable.

Efecto de ella, en Aragón se paga la fruta carísima hasta en los pueblos más apartados de las líneas férreas.

Las ciruelas se transportan en cajas de a seis y de a doce, cogidas con pinzas del árbol y envueltas cuidadosamente en papel de seda.

En Inglaterra se llegan a pagar carísimas estas frutas, que se sirven en los Bar para tomar con la cerveza.

Todo es confusión y algarazas en el Palacio de Justicia de París. El día 8 del próximo mes de Agosto es el señalado para que comience a verse el proceso de los Humbert.

Dicen que la gran Teresa anda muy delicada. Los jueces quieren guardarle todo género de consideraciones; por eso la primera sesión de la vista se verificó en sábado, para que la admirable Mad. Humbert pueda reposar el domingo.

Como síntoma de su malestar, dicen que después de comer se suele echar en una mecedora. A la verdad, el síntoma no es de los peores. En España es mucha la gente que duerme la siesta, y nadie ha pensado que se trata de una enfermedad.

Durante el viaje a Venecia del rey Jorge de Grecia, a bordo del *Amphitrite*, un furioso oleaje les hizo tomar la costa de la Dalmacia hasta que pasara el temporal.

No tardó el rey en ser reconocido, haciéndosele entonces los honores correspondientes, y cuando el monarca partió aquel mismo día, fué objeto de una despedida entusiástica.

Dicen de Túniz que en la región de Sousse apareció anoche un deslumbrante bólido que, en la mitad de su carrera, se partió en dos globos de fuego.

En Ref, de la misma región, fué visto otro meteorito, que atravesó el espacio dejando una gran estela luminosa.

CURANDO LA DIFTERIA

El Instituto de la calle de Ferraz.—Campaña contra la difteria.—La salvación de los niños.—Los que morían y los que mueren.—Testimonios de gratitud.—El caballo de la Reina.

Con ser tan interesante lo que vimos en el Instituto Microbiológico referente a la rabia, lo más cuanto se refiere a la difteria, principal móvil que presidió la fundación de la benéfica casa.

La difteria es una enfermedad sobre la cual el público madrileño está bien ilustrado: los chicos y los grandes, los ricos y los pobres, han adquirido sobre ella una dolorosa enseñanza. ¡Qué pocos padres habrá en Madrid que no tengan clavado en el corazón el nombre del terrible mal!

Durante muchos años la difteria ha sido entre las muchas plagas que sufre Madrid la más terrible: una estadística exacta de los niños muertos por esta enfermedad en Madrid, comparada a la época actual con la anterior al descubrimiento del suero antidiférico, puede apreciarse, por lo que uno sea en estas cosas, la grandeza de la ciencia y los infinitos bienes que reportan a la humanidad los hombres que a ella dedican sus talentos y sus esfuerzos.

Madrid, de cuyo altruismo en todo lo referente a la higiene y salubridad pública estamos todos perfectamente enterados, fué, sin embargo, una de las primeras capitales del mundo en aplicar los remedios para la difteria.

Apenas conocido el descubrimiento en Europa, se instaló el Instituto de que hablamos, instalación modesta en sus comienzos, magnífica y con casa propia actualmente, gracias a los generosos sentimientos de una dama ilustre que ha completado la obra caritativa de su hijo el fundador de la institución, regalándole su hotel de la calle de Ferraz. ¡Qué mejor empleo podía tener aquella casa! Podía ser mansión fastuosa para espléndidos saños, y habrían de ella los cronistas de la ciencia y en memoria de la caridad, son los sabios los que de ella escriben y los poetas los que la ensalzan.

A las puertas del noble Instituto con letras de oro debéis escribir, las hermosas palabras de Cristo: «Dad a los niños que vengan a mí».

Esto escribió en el álbum del Instituto el popular autor dramático D. Miguel Ramos Carrión, el año 96, y sus versos no son, como suelen ser los versos de todos los álbums, galanterías de poeta, sino reflejo de los sentimientos de un padre.

Aunque no se conoce de un modo exacto la estadística, puede creerse que en Madrid mo-

mero hicieron las aplicaciones del suero antidiférico y que visitaron el año 98 este Instituto con la natural satisfacción de ver reproducida su gran obra.

De lo honroso que es para Madrid y para España dicen más que nuestros elogios los que dejaron escritos al visitar el Instituto los doctores Rubio y Pulido; he los aquí: «Siempre experimento un placer cuando voy en mi país un adelantado. Honremos al que los hace».

«Complacido de mi visita al Instituto de Suroterapia del doctor Llorente, cuya obra, por lo que vale en ciencia y caridad, merece el aplauso de todo el mundo y la protección de toda la clase médica.—Angel Pulido».

Este Instituto, aunque de fundación particular, tiene carácter oficial, si bien no recibe auxilios materiales del Estado. Unicamente la Diputación de Madrid da 1.000 pesetas al año por la asistencia de los casos de rabia que puedan ocurrir en toda la provincia, y el Ayuntamiento 3.000, por los servicios que

presta a los enfermos de difteria que son pobres.

Durante mucho tiempo no hubo otro Centro semejante; ya hay varios, donde se prestan iguales servicios y se expende en idéntica forma el suero antidiférico. Recientemente se creó, para bien de la humanidad y honra del glorioso Ramón y Cajal, el Instituto de Alfonso XIII.

Esto es lo que al cabo de tanto tiempo ha hecho el Estado. Antes hizo más la casa real, con cuya protección decidida ha contado siempre el Instituto de la calle de Ferraz.

De los ocho caballos que hay para producir el maravilloso remedio de la difteria, cinco son de las magníficas yeguas del patrimonio, regalados por la reina y el rey. El primer caballo que tuvo el Instituto fué el que aparece reproducido en estas columnas; lo regaló la reina y de él van extraídos 450 litros de sangre, de los cuales se han obtenido 225 litros. ¿Cuántos niños se habrán salvado con la sangre de este caballo? Según cálculos de los profesores del Instituto, más de 7.000.

El caballo es precioso, está admirablemente conservado y aún ha de dar mucho suero; es el animal más simpático que puede verse, el cariño que por él sienten cuantos padres han participado de sus beneficios, es inmenso; muchos de éstos van a verle diariamente y le colman de caricias.

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

le, Soler, Corvera y otros médicos que figuran en los libros del Instituto.

Las páginas de esos libros dicen mucho más que cuanto pueda escribirse en periódicos. Allí están anotados los nombres de 3.324 niños, salvados de la muerte, unos de familias ricas de las más connotadas de Madrid, otros, la inmensa mayoría, de las familias más pobres. Todos han sido iguales para la ciencia: aquellos pagan con dinero; muchos de éstos, llevando como delicada ofrenda macetas de flores con que embellecer los patios de la casa. ¿Qué más da? Las diferencias quedan borradas por un sentimiento igual para todas las clases: la gratitud maternal.

El álbum en que ha escrito Ramos Carrión los versos más arriba copiados está lleno de nombres; los que saben expresar sus pensamientos los han escrito en conceptos rubios, como el venerable D. Federico Rubio, como el Sr. D. José Canalejas y Méndez ó como el doctor Pulido; y otros han escrito algunas frases, todos han puesto firmas como testimonio de admiración ó de gratitud.

Entre ellas figuran dos que bien merecen ocupar el sitio de honor que los comederos en esta información reproducimos. Son las firmas de los doctores alemanes que primero hicieron las aplicaciones del suero antidiférico y que visitaron el año 98 este Instituto con la natural satisfacción de ver reproducida su gran obra.

De lo honroso que es para Madrid y para España dicen más que nuestros elogios los que dejaron escritos al visitar el Instituto los doctores Rubio y Pulido; he los aquí: «Siempre experimento un placer cuando voy en mi país un adelantado. Honremos al que los hace».

«Complacido de mi visita al Instituto de Suroterapia del doctor Llorente, cuya obra, por lo que vale en ciencia y caridad, merece el aplauso de todo el mundo y la protección de toda la clase médica.—Angel Pulido».

Este Instituto, aunque de fundación particular, tiene carácter oficial, si bien no recibe auxilios materiales del Estado. Unicamente la Diputación de Madrid da 1.000 pesetas al año por la asistencia de los casos de rabia que puedan ocurrir en toda la provincia, y el Ayuntamiento 3.000, por los servicios que

presta a los enfermos de difteria que son pobres.

Durante mucho tiempo no hubo otro Centro semejante; ya hay varios, donde se prestan iguales servicios y se expende en idéntica forma el suero antidiférico. Recientemente se creó, para bien de la humanidad y honra del glorioso Ramón y Cajal, el Instituto de Alfonso XIII.

Esto es lo que al cabo de tanto tiempo ha hecho el Estado. Antes hizo más la casa real, con cuya protección decidida ha contado siempre el Instituto de la calle de Ferraz.

De los ocho caballos que hay para producir el maravilloso remedio de la difteria, cinco son de las magníficas yeguas del patrimonio, regalados por la reina y el rey. El primer caballo que tuvo el Instituto fué el que aparece reproducido en estas columnas; lo regaló la reina y de él van extraídos 450 litros de sangre, de los cuales se han obtenido 225 litros. ¿Cuántos niños se habrán salvado con la sangre de este caballo? Según cálculos de los profesores del Instituto, más de 7.000.

El caballo es precioso, está admirablemente conservado y aún ha de dar mucho suero; es el animal más simpático que puede verse, el cariño que por él sienten cuantos padres han participado de sus beneficios, es inmenso; muchos de éstos van a verle diariamente y le colman de caricias.

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

Un día los criados del Instituto sorprendieron en la céntrica y hermosa casa, donde se encuentran los caballos, a un hombre que se estaba preparando para ir a ver a los caballos, y le dijo: «¿Qué haces aquí? ¿Qué buscas?» El hombre respondió: «Vengo a ver a los caballos».

las sustancias grasas, mientras que en el verano cubrimos nuestra mesa con legumbres y frutas frescas, apetitosas, perfumadas, que recrean la vista con sus bellos colores, lo mismo que el paladar y el olfato.

Entre los frutos refrigerantes que la Naturaleza nos brinda en esta época, ocupa el primer lugar la naranja, que contiene gran número de elementos azucarados y principios ácidos, con los que calma la sed y refresca el organismo, estimula el gusto y despierta el apetito.

La naranja conviene a las personas débiles, a las mujeres cloróticas y a los biliosos, por provocar la saliva el jugo gástrico y cuantos líquidos segregan el aparato digestivo.

La manera más sana de comerlas es en el centro del día y en ayunas; pero su uso immoderado, y sobre todo después de una buena comida, puede entorpecer la digestión, produciendo cólicos peligrosos ó diarreas.

Compañero inseparable de la naranja es el limón, que participa de muchas de sus cualidades. Existen limones dulces que son poco apreciados, pero, por lo general, es tan fuertemente ácido que no puede ser comido, y se usa su jugo como refrescante por la abundancia de ácido cítrico que contiene. Se recomienda también contra las malas digestiones, las náuseas y el mareo del mar, y sobre todo, para prevenir el escorbuto; conviene a los artríticos y gotosos.

Después de éstos, entre los frutos azucarados ocupa el primer lugar el melón, detractado por muchos como indigesto, quizá por haber abusado de ellos.

El melón tiene un sabor fresco y azucarado que lo hace muy apetecible. Contiene agua, azúcar, albúmina, ácidos libres, almidón y ácido péptico, sustancias todas muy recomendables si se tiene cuidado de tomar el melón bien maduro y masticándolo con esmero antes de ingerirlo.

Se indica como útil contra la hidropesía, la constipación y las afecciones de la piel.

La sandía, favorita de los árabes españoles, es más ácida que el melón, y puede compararse, al decir de algunos, «a un gran botijo vegetal lleno de agua fresca y azucarada».

Las frambuesas y las grosellas menudas, rojas, delicadas y fragantes, son frutos acidulados, y sobre todo, la frambuesa es un alimento muy rico en ácido cítrico y málico, siendo refrescante y antibiliosos. Hay que tener cuidado con ellas porque son fáciles de fermentar, y en ese caso son irritantes y producen accidentes gastro-intestinales.

La uva es refrescante, facilita las secreciones, alivia la constipación habitual, mejora las diarreas antiguas, calma los nervios, regulariza la circulación, sirve en los padecimientos del corazón y la respiración, siendo uno de los alimentos que mejor se asimila al organismo.

Otra comida refrescante y que produce grandes bienes, sobre todo a los jornaleros de Andalucía, es el gazpacho.

Este puede considerarse de dos maneras: como plato de regalo, que es muchos condimentos pierde las propiedades higiénicas, ó como un caldo refrescante.

En el segundo caso se compone sólo del vinagre, la sal, muy poco aceite y una cebolla picada. Tal es el gazpacho que, con unas cuantas sopas de pan mojado, se da a los segadores.

En cuanto al gazpacho de los gastrónomos, vamos a dar la receta tal como se hace en Sevilla, pues son muchas las personas que desean conocerlo.

Desde bastante tiempo antes de hacerlo se tiene una gran miga de pan en agua, y llegado el momento se machaca en el mortero un ajo crudo, un pimiento verde, un pepino, dos tomates maduros y con todo su jugo, y un poco de pimientón.

Se le añade la miga de pan puesta en agua y un poco de aceite, batiéndolo todo hasta hacer una pasta muy fina.

Se pica cebolla, pepino, pimiento y tomate, poniéndolo todo en la fuente, donde se vierte el majado, y se le agregan pedacitos de pan y el agua fresca. En algunas partes suelen agregarle un poco de orégano.

COLOMBIA

LOS COROS CLAVÉ

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Entusiasmo en Oviedo. Conciertos, banquetes y vivas.

Oviedo 5 (6 m.)

Los Coros Clavé y la banda del Asilo Español fueron ayer obsequiados por el Ayuntamiento. En la estación los esperaron las músicas municipal y militar, y Comisiones obreras con estandartes, autoridades é inmenso público.

EL NUEVO PONTIFICADO

Primeros actos de Pío X. La opinión en Italia y en Francia. Por qué el Papa no bendijo al pueblo desde el balcón exterior de San Pedro. Datos curiosos de la elección. De cinco votos a cincuenta. Silueta de Su Santidad. La familia Sarto. Visita al cardenal Herrera. Nuestro redactor Sr. Lucchesi en el Vaticano. El Papa lo bendice. Fecha de la Coronación.

POR TELÉGRAFO

SERVICIO DIRECTO DEL «DIARIO UNIVERSAL»

Telegramas de nuestro redactor Sr. Lucchesi

Primeros actos del nuevo Papa.

Visita al cardenal Herrera

Roma 4 (7 t.)

El primer acto del cardenal Sarto, en

cuanto fué proclamado Papa, ha sido vi-

sitar en su celda del Cónclave al arzobis-

po de Valencia, Sr. Herrera, que se ha

agradado hasta el punto de correr el ru-

mor de que había muerto.

En la Embajada española cerca del Va-

ticano me enteraron que, por fortuna, era

infundado el rumor. El cardenal español

vive, aunque está gravísimo, y goza de

su facultades mentales. La entrevista del

nuevo Papa con el purpurado fué muy

emocionante; Pío X bendijo al cardenal

Herrero.

CONFIRMACIÓN DE CARGOS

En cuanto salió de visitar al cardenal

Herrero, Pío X se ocupó del gobierno de

la Iglesia. Como el cargo de camarlingo

no puede vacar un momento, el Pontífice

confirmó al cardenal Oreglia di Santo

Stefano en su alta dignidad.

Acto seguido hizo lo propio con el car-

dinal Rampolla en la Secretaría de Es-

tado y con los prefectos de las Congrega-

ciones, sin variar a uno solo.

Esta resolución de Pío X es comentada

entre los individuos del Sacro Cole-

gio.

LA OPINIÓN EN ITALIA

Artículo del «Avanti».—El Vati-

cano y el Quirinal

Roma 4 (10 n.)

El periódico socialista «Avanti», órgano

del ex ministro radical Enrique Ferri, pu-

blica un notable artículo combatiendo

duramente al Gobierno de Zanardelli, tan

comentado como el que el propio inspi-

rador del periódico escribió juzgando a

León XIII con gran severidad.

Lo firma el Sr. Sergi, tan conocido en

España y Francia por su notable y discuti-

do libro «La decadencia de la raza latina»,

y por sus estudios antropológicos.

El artículo publicado como primer fon-

do del periódico, se titula «La humilla-

ción», y es de crítica muy extremada al

Gobierno italiano por sus relaciones con

el Vaticano desde el día en que murió

León XIII, mendigando su benevolencia,

solicitando sus relaciones, dándole el pé-

same, enviando tropas para guardar el

Vaticano a la plaza de San Pedro, hacien-

do, en suma, memorias a la benevolencia

clerical, que contesta con su indife-

rencia y hostilidad a las humillaciones de

la casa de Saboya.

El brioso articulista llega al colmo de

su hostilidad comentando el hecho de

haber presentado las tropas armas cuando

el cardenal Macchi anunció al pueblo el

nombramiento del patriarca de Venecia

como sucesor de León XIII.

Textualmente dice dirigiéndose al pri-

mer ministro del rey de Italia: «Zanar-

delli, vuestra senilidad os hace pequeño. La

humillación que hacéis padecer a Italia

caerá sobre vos. Yo espero que el nuevo

Papa será hostil, agresivo para Italia, en-

migo nuestro, y esto será la única salva-

ción para el reino italiano, que luchando,

se emancipará del dominio de la Iglesia.»

Lo que dice «Il Giornale»

de Italia

Roma 4 (10,50 n.)

Todos los periódicos de Roma dedican

sus números de esta noche a comentar

la elección del Cónclave. «Il Giornale» de

Italia dice que el cardenal José del Sarto,

al trocar las comodidades de su Patriar-

cado de Venecia por los esplendores y res-

ponsabilidades del solio pontificio, ha res-

petado, subyugando, la política de sus

antecesores León XIII en lo referente a las

relaciones del Vaticano con la casa de

Saboya. Esperábase, en vista de la impresi-

ón existente, antes de encerrarse en el

Vaticano los individuos del Sacro Cole-

gio, que el nuevo Pontífice bendiciera al

pueblo desde uno de los balcones exte-

riores del Vaticano.

La muchedumbre, reunida en la plaza

de San Pedro, así lo creyó también, y fué

grande la decepción al ver que bendijo a

Roma y al mundo desde el interior de la

Basilica.

Las tradiciones, pues, quedan sin inte-

rrupción. El espíritu intrínseco de Pío

IX ha comunicado a través del tiempo

su terquedad a sus sucesores.

El Sacro Colegio ha elegido un Pontí-

fice que no tenía fama de intransigente;

en la misma espionísima cuestión de las

relaciones con la familia Real italiana,

mostró varias veces su acatamiento al

rey. ¡Quiera Dios que siga este camino!

Todos deseaban un Papa eminentemen-

te religioso; ¡ojalá que Pío X lo sea!

Actitud de «La Tribuna»

Roma 4 (11 n.)

La Tribuna, órgano del actual Gobi-

erno italiano, publica un artículo impor-

tantísimo, objeto de todos los comenta-

rios. Evidentemente está inspirado por el

presidente del Consejo de ministros, se-

ñor Zanardelli.

Después de tributar honores al Papa

muerto, gloria de la Cristiandad, el Go-

bierno italiano cumplió con los deberes

que le imponía la circunstancia de cele-

brarse en Roma el Cónclave.

Así, pues, era elemental mantener la

independencia de las resoluciones car-

dinalicias. Eso era cuestión de decoro para

el Gobierno, así como el mantener la

tranquilidad exterior de Roma. Pero des-

pués de tributar honores militares al anu-

nciar el cardenal Macchi la proclamación

de Pío X, el Gobierno no ha abdicado de

ninguno de sus derechos, y frente, y aun

contra el Vaticano, mantiene la intangibi-

lidad italiana.

Sigue el artículo diciendo que no pue-

de afirmar cómo será el Pontificado de

Pío X; pero Italia nada tiene que temer

de él ni de ningún otro; seguirá siempre

la línea trazada desde que se proclamó la

unidad, y la separación será efectiva en-

tre el Estado y el Vaticano.

La opinión liberal

Lo mismo el periódico «Il Giornale d'I-

talia» que «La Tribuna», consignan en ar-

tículos muy leídos la impresión desfa-

vorable que ha causado a elementos libera-

les la proclamación del cardenal Sarto,

pues Pío X estaba afiliado al partido del

cardenal Rampolla.

Luchas en el Cónclave.—La mo-

destia de Sarto

Roma 4 (11,30 n.)

Puedo dar detalles muy interesantes

que empiezan a conocerse referentes a

los escrutinios celebrados el sábado, do-

mingo y lunes en el Cónclave.

En la mañana del sábado el escrutinio

último, después de contados los votos de

accesión, dió el siguiente resultado:

El cardenal Rampolla tuvo 24 votos de

sus partidarios. Siguióle en importancia

Gotti, con 17 boletines a su favor.

Ya entonces apareció la candidatura del

cardenal Sarto, pues al patriarca de Ve-

nicia lo votaron cinco cardenales, obte-

niendo el tercer puesto en el escrutinio.

Significóle Serafin Vannutelli, con cua-

tro votos; el cardenal Capeceletro, con

tres; estos mismos alcanzó Di Pietro.

El cardenal Oreglia di Santo Stefano,

no alcanzó más que dos sufragios, y los

purpurados Agliardi, Segna, Portanova y

Satolli, se vieron favorecidos con un voto

que no era el suyo, porque bajo pena de

excomunicación está prohibido por las bulas

pontificias el votar por los cardenales que

no son los que están en el Cónclave.

La segunda obediencia.—Apertu-

ra del Cónclave

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

con él fieles como con los Papas anteceso-

res.

EN EL CÓNCLAVE

Roma 5 (6,15 m.)

A las cinco de la tarde de ayer se verifi-

có la segunda adoración u obediencia de

Pío X en la capilla Sixtina, asistiendo los

cardenales y los altos dignatarios del Va-

ticano.

Poco después recibió a los guardias no-

bles, diciéndoles que esperara que fueran

